SODALITIUM

Anno IX - Semestre II n. 4 - Dicembre 93 -Gennaio 1994 N. 36

Artículo extraído de la revista italiana: **Sodalitium**, nº 36, pág. 22.
Título original: *San Pi V, "Il Papa della S. Messa" Seconda parte: il Cardinale Alessandrino diventa S. Pío V*
Autor: *don. Ugolino Giungni*
Fecha: **diciembre 1993.** Traducido al español
Pág. web: www.sodalitium.it email: info@sodalitium.it

Hagiografía

SAN PÍO V, "EL PAPA DE LA SANTA MISA"

***Segunda parte**: el cardenal Alesandrino se convierte en San Pío V*

Por el P. Ugolino Giungni

Papas del siglo XVI

Como ya he señalado en la primera parte de este estudio ([1]), el siglo XVI fue sin duda uno de los más dolorosos, pero también uno de los más gloriosos en la historia de la Iglesia. Hablar de la historia de la Iglesia y de la historia del Papado es prácticamente lo mismo, ya que estas dos instituciones se identifican y compenetran hasta tal punto que se dice comúnmente: "*Ubi Petrus ibi Ecclesia*".

Existen muchas acusaciones y críticas que, desde todas partes, se dirigen a los pontífices de este periodo; en general, se puede decir de ellos que a menudo eran hombres no exentos de vicios o de malas costumbres, o que estos papas no eran más que príncipes temporales o mecenas de las artes y las ciencias. que guías espirituales de la Cristiandad. En resumen, eran humanistas. Ante todo esto, sin negar la verdad de los hechos, no estará de más recordar cómo la Iglesia, fundada por Jesucristo, durará hasta el fin de los tiempos, aunque haya tenido o pueda tener algunos de sus ministros de mala vida. **La Iglesia, de hecho, no teme a nada ni a nadie, ya que no es humana sino una obra divina, nunca podrá ser oscurecida por la maldad de los hombres, aunque estos sean los más poderosos de la tierra, o incluso los mismos hombres de la Iglesia**. Y quizás esto sea una prueba más de la divinidad de la Iglesia Católica, fundada en la piedra angular que es el propio Jesucristo, es decir, la cual permanece inalterada a lo largo de los siglos en sus características esenciales, a pesar de los esfuerzos del diablo y de los hombres por destruirla o mancillarla. De hecho, "¿Qué no se ha hecho y qué no se está haciendo para hundir la nave de Pedro? Ella fue y sigue siendo sacudida continuamente por tormentas horribles: pero nunca se hundió ni se hundirá jamás, porque Cristo así lo prometió; *ni una sola letra de ley Dios desaparecerá jamás*. Y volviendo ahora a los Romanos Pontífices, diré que la regla para juzgarlos adecuadamente es (...) considerarlos bajo un doble aspecto; es decir, como hombres simplemente, es decir, sujetos a miserias humanas, y como jefes visibles de la Iglesia y representantes en la tierra de Jesucristo. Es un recurso perverso de los herejes e incrédulos querer confundir una cosa con la otra, y combatir pérfidamente a la Iglesia por los defectos personales de algún pontífice. Por estos motivos (...) claman contra

los Papas sin conocer la dignidad a la que fueron elevados por Dios. Quienquiera, por tanto, que desee juzgar correctamente a los Papas, debe distinguir lo que es humano en ellos; y (en virtud de la institución hecha por Jesucristo) lo que es divino en ellos: y entonces verá si los papas deben ser tratados con ese desprecio con el que, lamentablemente, muchos los tratan." ([2]).

Por tanto, tengamos cuidado con el error de querer disminuir o cuestionar la autoridad divina de la Santa Sede sobre la base de un juicio sobre el aspecto humano de este o aquel Pontífice Romano. Lo que un Papa ha hecho en el orden temporal, con elecciones políticas que a veces incluso son cuestionables (en retrospectiva...), y cuando su obra no afecta directamente a la fe, no debe hacernos olvidar que sigue siendo el Vicario de Jesucristo, a quien "*todo poder* se *ha dado en el cielo y en la tierra*...", y el Maestro Divino nos advierte que "*quien a vosotros rechaza* [es decir, al Papa] *a mí me rechaza*..." (Lucas 10, 16).

Si la Iglesia "*no es de este mundo*", ella sigue estando "*en el mundo*" (cf. Juan 17, 15, 17) y con él y con los errores que produce, hay que confrontarla y medirla necesariamente, recurriendo también a definiciones y condenas cuando la ley suprema de la salvación de las almas lo requiere.

Tras esta premisa, podemos considerar brevemente los pontificados precedentes al de San Pío V en el curso de este siglo XVI, para comprender mejor el periodo histórico en el que vivió nuestro santo.

Julio II (1503-1513). Bajo su pontificado nació San Pío V. Fue el cardenal Giuliano Delia Rovere, elegido [no sin simonía según algunos ([3])] tras el breve reinado (26 días) de Pío III, fue llamado "II magnífico" y "salvador del Papado" ([4]) por von Pastor. Sin duda fue uno de los papas más poderosos y grandes, al menos desde el punto de vista profano; su pontificado se distingue de los demás por sus grandes iniciativas militares y políticas. Este Pontífice fue sin duda más un capitán que un pastor; él deseaba una Italia unida, la primera entre las naciones europeas y, por supuesto, gobernada por el Papa. Con esta intención al grito de "¡Fuera los bárbaros!" Julio II al frente de sus ejércitos, se alió primero con los franceses en la Liga de Cambrai contra Venecia, luego con los venecianos y los españoles contra Francia. Luis XII de Francia se opuso a él convocando un concilio cismático en Pisa, que Julio II impidió proclamando la Santa Liga contra su promotor. Al

final, después de algunas vicisitudes, el orgulloso Pontífice ganó; los franceses regresaron a su tierra natal y los Estados Pontificios quedaron completamente restituidos. El conciliábulo de Pisa, después de trasladarse en 1511 a Milán y luego a Asti, puso fin a su miserable existencia en Lyon. Romagna, Perugia y Bolonia también fueron reconquistadas.

Julio II convocó un Concilio ecuménico en Letrán en 1512 (Lateranense V) que condenó el sínodo de Pisa y que tomó otras importantes decisiones que continuaron bajo el pontificado siguiente.

Fue un gran mecenas de las artes, a quien debemos el proyecto de la nueva basílica de San Pedro, así como muchas otras obras que aún embellecen Roma hoy en día.

Julio II murió en Roma en 1512 a los 72 años.

León X (1513-1521). Fue el cardenal Giovanni Medici, hijo de Lorenzo el Magnífico, elegido el 1 de marzo de 1513 a la edad de 37 años, "por su gran experiencia política y su actividad de gobierno en Florencia, fue sin duda el más digno de los aspirantes a la Tiara" ([5]).

Bajo su pontificado estalló la "reforma" de Lutero; León condenó las tesis del agustino rebelde en 1521; quizá este Papa no comprendió del todo la importancia y el peligro que suponían las tesis luteranas para la Iglesia, ni cuántos prosélitos hacían en Alemania. León X también era un mecenas de las artes y las ciencias, humanista, un mundano que sin violar los límites de la moralidad tenía la mentalidad de un príncipe renacentista. Puso fin al Quinto Concilio de Letrán; en política exterior, alternó entre Francisco I y Carlos V, quienes luchaban por la dominación europea; concluyó un acuerdo con Luis XII que reconoció al Concilio V de Letrán, abandonando el conciliábulo de Pisa, y con su sucesor Francisco I concertó un concordato. ([6]). Abogó por una unión de los príncipes cristianos para hacer frente al peligro turco. Murió de improviso en 1521.

Adriano VI (1522-1523). Adrian Florensz, natural de Utrecht y obispo de Tortosa, había sido durante muchos años profesor de teología en Lovaina y luego tutor de Carlos V. Al ascender al trono papal, quiso reformar la Curia con todas sus energías y afrontar el problema de la división de Lutero en Alemania, cuyas causas profundas conocía, ya que también era alemán. En 1522 los turcos tomaron la isla de Rodas; contra ellos, Adriano

intentó unir a los soberanos cristianos, pero no pudo concluir nada por la brevedad de su pontificado; de hecho, murió el 14 de septiembre de 1523.

Clemente VII (1523-1534). El cardenal Giulio de Medici, primo de León X, irreprochable en la moral y consciente de sus deberes, pero lento y temeroso en sus decisiones. Bajo su reinado tuvo lugar el "Saqueo de Roma" el 6 de mayo de 1527, por las tropas del emperador Carlos V [la guerra entre los dos jefes supremos del cristianismo tuvo lugar por razones políticas]; Clemente VII fue sitiado en el Castillo de San Angelo y, tras rendirse, tuvo que soportar seis meses de dura prisión. El "Saqueo de Roma", con todos los horrores, profanaciones y asesinatos que conllevó a manos de los soldados protestantes de Carlos V, despertó la conciencia de los católicos, se comprendió que el protestantismo no podía ser tomado a la ligera, ya no era solo una disputa entre monjes, sino que la propia existencia del catolicismo estaba en peligro, era necesario tomar medidas preventivas. La Inquisición romana fue restaurada (bajo Paulo III) y salvó a Italia del protestantismo. El saqueo de la ciudad eterna marcará por tanto el declive de la vida renacentista en Roma y el inicio de una renovación moral y religiosa de la Curia.

Durante el pontificado de Clemente VII, se produjo el cisma anglicano cuando Enrique VIII, ya "*defensor fídei*", pidió al Papa la disolución imposible de su legítimo matrimonio con Catalina de Aragón para casarse con Ana Bolena; Clemente se negó y Enrique se proclamó cabeza de la iglesia anglicana, "reformó" "su iglesia", estableciendo la pena de muerte para quienes la rechazaran. El papa Clemente lo excomulgó en 1533.

Paulo III (1534-1549). A la muerte de Clemente VII, el cardenal Alessandro Farnese fue elegido Papa; su pontificado "marca claramente la transición del *Renacimiento* a la era de *la renovación* católica" ([7]). Además, se puede decir que: "El siglo que va desde la elección de Paulo III hasta la muerte de Urbano VIII (1534-1644), es, en la historia del papado, uno de los periodos más importantes y brillantes, marcado por la reforma y restauración católica" (L. von Pastor).

> «Lejos de ser irreprochable en su vida anterior [antes de recibir las órdenes sagradas, pero ya como cardenal tuvo 4 hijos, pero una vez ordenado sacerdote respetó los compromisos asumidos con votos, llevando una vida recta - nota del editor, en adelante nde], Paulo III, incluso como papa, amaba la pompa, la caza y el entretenimiento, y estaba

inmoderadamente inclinado al nepotismo. (...) Esta política familiar, llevada a cabo a expensas de los Estados Pontificios, le costó a Paulo muchas controversias y dañó no poco su reputación. No obstante, desempeñó las funciones de su cargo de una manera bastante diferente a la de los papas Medici que le precedieron.» ([8]).

Consciente de la grave situación religiosa derivada del protestantismo, comenzó una labor de reforma y mejora de la Iglesia. Incrementó las nuevas órdenes religiosas (teatinos, capuchinos, barnabitas, somascos) y aprobó las constituciones de la Compañía de Jesús. Para frenar la expansión del protestantismo, que también avanzaba de forma amenazante en Italia; en 1542, bajo la inspiración del cardenal Carafa ([9]) y de San Ignacio de Loyola, reorganizó la Inquisición romana con la bula "*Licet ab initio*". Era un oficio central romano (más tarde llamado Santo Oficio) compuesto por seis cardenales que debían velar por la pureza de la Fe en toda la Iglesia, interviniendo contra apóstatas, herejes y sospechosos, sin distinción de persona, rango social o eclesiástico. Como responsable fue nombrado el cardenal Carafa, quien también pidió a nuestro dominico Michele Ghislieri que formara parte de él ([10]). Gracias al trabajo de la Inquisición romana, Italia permaneció católica, mientras que en otros países donde no podía actuar libremente hubo guerras de religión (como en Francia) donde la victoria sonreía a los más fuertemente armados, o estos países se protestantizaron completamente (como en el caso de Alemania e Inglaterra).

Otro objetivo atribuido a Paulo III fue haber promovido y luego convocado el Concilio de Trento, que fue el XIX Concilio Ecuménico de la Iglesia Católica y un hito de la Contrarreforma católica del siglo XVI. Tras las dos primeras convocatorias fallidas (1536 en Mantua, 1537 en Vicenza) el Concilio se convocó en Trento en 1542 y celebró su primera sesión en 1545, que duró, con varias interrupciones, 18 años. Paulo III murió el 10 de noviembre de 1549.

Julio III (1550-1555). En un cónclave que duró más de dos meses, fue elegido el cardenal Giovanni Maria del Monte, ya primer legado pontificio en el Concilio de Trento. Tenía una política consensuada; en Inglaterra concluyó una breve reconciliación bajo el reinado de María Tudor, que era católica, pero ésta reconciliación no duró mucho. En 1551 reabrió y continuó el Concilio de Trento. Bajo su pontificado, el emperador Carlos V reconoció

desafortunadamente el pleno derecho de culto a las iglesias “reformadas”. Julio III era muy nepotista. Murió el 23 de marzo de 1555.

Marcello II (1555). Fue el cardenal Marcello Cervini, antiguo legado y presidente del Concilio de Trento; su pontificado duró solo 22 días, del 9 de abril al 1 de mayo de 1555. Hombre culto y más recto, era reacio al nepotismo y de espíritu reformador. Murió debido a una fatiga excesiva o, según otros, por una antigua herida en la pierna, cuya existencia nadie conocía ([11]).

Paulo IV (1555-1559). Cardenal Gian Piero Carafa ([12]). Cuando fue elegido tenía 79 años y era decano del Sagrado Colegio, pero aún poseía una energía ferviente y una voluntad férrea. Fue uno de los principales defensores de una reforma severa y se había mostrado como un “reformador” en los cargos que había ocupado anteriormente. Fue él quien, como ya hemos visto, elevó al dominico Ghislieri al cargo más alto de la Iglesia, convirtiéndolo en el cardenal Alesandrino.

> «Decididamente opuesto a la continuación del Concilio, pretendía más bien reformar la Iglesia mediante su actuación directa. De hecho, inmediatamente inició una lucha inexorable contra los abusos en la Curia romana (...). La Inquisición, cuyo rango de acción y competencia amplió [nombrando al cardenal Alesandrino Supremo Inquisidor de la Cristiandad - nde], fue su órgano favorito (...). Inspirado por la concepción jerárquica de la Baja Edad Media [es decir, en el gran Papa que fue San Gregorio VII - nde], sin tener en cuenta los tiempos cambiantes, Paulo IV emitió en 1559 la bula “*Cum ex apostolatus officio*” ([13]), en la que, en virtud de la “plenitud del poder sobre pueblos y reinos”, renovaba todos los castigos previamente impuestos a eclesiásticos y laicos, príncipes y súbditos que habían apostatado de su fe, declarándolos privados de toda dignidad, derecho y posesión (...) » ([14])·

Paulo IV formó una alianza con Enrique II de Francia contra Carlos V ([15]) a quien había amenazado con destituir porque había concedido la libertad de religión a los protestantes; pero los ejércitos pontificios fueron derrotados y Roma misma estaba en peligro. Hacia el final de su vida destituyó y exilió de Roma a sus sobrinos, a quienes previamente había elevado a altos cargos, incluido el cardenal Carlo Caraffa, los cuales estaban acusados y al parecer culpable de graves faltas y abusos en sus cargos, pero no pudo reparar completamente el mal que habían cometido. Pío IV reprimió más tarde

a los carafa con aún más crueldad (el cardenal murió en prisión), pero San Pío V los rehabilitó con un juicio; no es fácil expresar, por tanto, un juicio claro sobre esta cuestión. Paulo IV murió en 1559 el 18 de agosto.

Pío IV (1559-1565). Tras unos cuatro meses de cónclave (debido a la oposición de los partidos franceses y españoles), fue elegido el cardenal Giovanni Angelo de Medici, quien tomó el nombre de Pío IV. Era moderado, mantuvo buenas relaciones con el emperador Fernando I y con Felipe II de España. Nombró cardenal, secretario de Estado y arzobispo de Milán, a su sobrino S. Carlo Borromeo (canonizado en 1610) de tan solo 21 años, a quien confió la dirección de los asuntos más importantes.

"La obra más fructífera de Pío IV es la reanudación del Concilio de Trento para el tercer y último periodo (...)" ([16]). Pío IV cerró definitivamente el Concilio en diciembre de 1563, ratificando su decisión con la bula "*Benedictus Deus*" del 26 de enero de 1564. Falleció el 9 de diciembre de 1565. Le sucederá el cardenal Alesandrino Michele Ghislieri.

Los lectores me disculparán por esta larga introducción sobre los Papas que precedieron a San Pío V, pero lo he considerado necesario para comprender mejor la obra de Ghislieri. De hecho, a lo largo de este siglo XVI, la Iglesia se encontraba en grave peligro, porque:

> «a medida que avanzaba la herejía, era necesario que se revitalizara la fe católica. Según la razón humana, era necesario que las cosas sucedieran así. Pero en verdad, en la historia eclesiástica no debemos razonar de esta manera. La Iglesia puede llegar a encontrarse en grave peligro, pero no puede sucumbir: ni pueden fallar las promesas de Dios. Esto, como ocurrió a menudo antes y después, quedó demostrado abiertamente con la Contrarreforma o Reforma Católica.
>
> Roma, que estaba debilitada por la molicie del Renacimiento y parecía estar oprimida por el repentino embate de la tormenta, se levantó de nuevo con esa fuerza que, se podría decir, tomó prestada de aquella famosa época heroica antigua, envió nuevas milicias, equipó a las antiguas y las envió al asalto. Por mucho temor que provocaran en los corazones los primeros tiempos de la reforma, otros tantos les proporcionan alegría y consuelo los de la Contrarreforma.» ([17])

El Cónclave que eligió a San Pío V

Durante los últimos años del pontificado de Pío IV, "la sucesión de acontecimientos dio al cardenal [Alesandrino] la impresión de que su servicio a la Iglesia había concluido; solo tenía dos caminos para elegir: el convento o la tumba" ([18]). El cardenalato había sido para él, según las palabras de Paulo IV, la cadena que le impedía regresar al claustro que siempre había deseado desde que fue nombrado obispo. Además:

> «el cardenalato [siempre simbolizado por la cadena] fue verdaderamente un instrumento de mortificación para el cardenal Alesandrino, no solo por su humildad, sino mucho más por las humillaciones que sufrió en los últimos años del pontificado de Pío IV. Y la cadena, en lugar de aflojarse, sin que él se diese cuenta, se apretaba para atarle ineludiblemente a la cátedra de San Pedro. Nunca había soñado con este puesto, y mucho menos lo había codiciado; sin embargo, independientemente de sus intenciones, se había preparado para ello purificándose bajo su túnica púrpura en el fuego aún más abrasador de las espinas, alimentado por malentendidos y fracasos externos, y por el ardor interno producido por los cálculos en la vejiga.
>
> El niño de Bosco que tuvo como primera ocupación la custodia del pequeño rebaño de su padre, a los sesenta y dos años estaba a punto de tomar la guía del rebaño de Cristo "*pastor y obispo de las almas*" (I. Pedro, 2, 25).» ([19])

Tras la muerte de Pío IV, el Sacro Colegio se reunió para elegir a su sucesor. El cardenal Borromeo, sobrino y secretario de Pío IV, fue señalado como uno de los más "papabili". Otro candidato destacado fue el cardenal Farnese (pariente de Paulo III); "pero San Carlos dejó claro que las circunstancias exigían un Papa de vida ejemplar, más estimado por su conocimiento y santidad que por su gran riqueza" ([20]).

La elección del cardenal Alesandrino al Pontificado Supremo fue esencialmente obra de San Carlos Borromeo, ya que fue él quien, tras ver rechazadas las candidaturas previas de Morone ([21]) y Sirleto, propuso la de Ghislieri. Contra Morone se levantó una fuerte oposición, encabezada por el cardenal Alesandrino:

«San Carlos se imaginaba que el Alesandrino era favorable a Morone, y lo encuentro en cambio en contra. Nadie, le dijo el Gran Inquisidor, estima al cardinal candidato más que yo, tanto que me debe su engrandecimiento y su legación en Innsbruck y Trento; pero el nuevo pontífice no debe tener ningún rastro de condescendencia hacia la herejía, y en este sentido Morone no ofrece al Sacro Colegio las garantías necesarias.» ([20])

«Borromeo, al ver la invencible resistencia del cardenal Alesandrino a este hombre [había convencido a otras figuras muy eminentes, como Pacheco, de negarle el voto a Morone, y como ya hemos mencionado, llevaba en el bolsillo los documentos del juicio que había llevado como Inquisidor Supremo contra este cardenal durante los dos pontificados anteriores - nde], cedió a sus objeciones y propuso al cardenal Sirleto. Entonces Ghislieri le prometió su voto y también accedió a solicitar a algunos de sus amigos que apoyaran a este irreprochable colega.» ([22])

Incluso la candidatura de Sirleto, "un hombre de gran conocimiento y gran capacidad" entre los más sabios de su tiempo, encontraba oposición entre los cardenales, porque sostenían que la Iglesia en aquel momento necesitaba un guía más versado en negocios y buen gobierno que en ciencia, y que por tanto Sirleto "pasando bruscamente de los manuscritos al gobierno habría sido un piloto inexperto e poco hábil."

«Al ver a Borromeo que estas disputas solo podían prolongar el cónclave, de repente pensó en el cardenal Alesandrino, y no dudó en absoluto de que su nombre acabaría con todas las dudas. Se sinceró con los cardenales Morone y Farnese, quienes descubrieron otro obstáculo, y respondió: "¿Os referís al Inquisidor? (...) Su intransigencia nunca obtendrá la mayoría. ¿Y entonces? ¿No había sido sin duda el Alesandrino amigo de Paulo IV y monitor de Pío IV? Si para vengar la muerte de la familia Caraffa y el descrédito en el que se le mantuvo, tomara represalias contra los consejeros de su predecesor, nadie más que tú [Carlo Borromeo, sobrino de Pío IV - nde] evitará su resentimiento." ([23]) Estas consideraciones, que no tenían respuesta desde el punto de vista humano y, sobre todo, en los intereses de Borromeo (...), no le inquietaron en absoluto. Recordando los sagrados trabajos que ambos habían soportado juntos bajo el pontificado de Pío IV, él instó a sus

amigos a no buscar, como él mismo hacía, otra garantía que no fuera el carácter del nuevo electo. Su desinterés acabó triunfando.» ([22])

La coronación de San Pío V

«Aquí se revela la admirable abnegación de San Carlos. Si lo consideramos como humanos, estas palabras sin duda habrían conmovido un alma menos delicada que la suya. Pero él, superior a todo egoísmo, protestó que cualquier sospecha de mezquindad o venganza era una afrenta a la santidad del Alesandrino y, como si fuera guiado por Dios, condujo a sus colegas al apartamento de Ghislieri.» ([23]) para anunciar su elección.

Los Cardenales (Borromeo, Morone y Farnese) tuvieron que superar la resistencia para aceptar el cargo supremo del cardenal Alesandrino, quien humildemente oponía su incapacidad e indignidad con tal fuerza que sus tentativas resultaron en vano. Como las razones que le daban parecían inútiles, los cardenales recurrieron a una estratagema. Lo sacaron de su celda ejerciendo algo de violencia y lo llevaron a la capilla donde se celebra la ceremonia de adoración; allí se arrodillaron espontáneamente ante él, per-

suadiéndole para que aceptara. El cardenal Alesandrino, al ver que la voluntad divina se manifestaba en el acto de los cardenales, terminó pronunciando débilmente la palabra "*Acceptamus*", que manifestaba su consentimiento y le convertía en Vicario de Cristo. Era el 7 de enero de 1566, "él pensaba que llamarse Paulo V en memoria de su protector. Pero para complacer a Borromeo, con una abnegación igual a la del arzobispo de Milán, consintió en tomar el nombre de Pío V, atestiguando así que no guardaba amargura por la actitud adoptada hacia él por su predecesor, y que no molestaría en absoluto a los amigos de Pío IV" ([24]).

Según la costumbre, el nuevo Papa fue llevado a la basílica vaticana, donde recibió una nueva veneración de los cardenales y de los fieles. Tras recuperar su actitud modesta y su admirable tranquilidad, la noche siguiente a su elección el nuevo Pío V durmió el sueño de los justos durante diez horas seguidas (cosa insólita para él).

> «El religioso austero, que tenía predilección por el silencio y la soledad, que se sustraía a cualquier tipo de favor y rechazaba toda nueva dignidad, de repente se resignó a la dignidad suprema (...) recordando los diferentes caminos que le llevaron a su elevación, comprendió por fin que la Provincia le había guiado de la mano, hasta llegar a su propósito, que era hacerle sentarse en el trono universal. La primera vez que contempla el mundo cristiano atento y sumiso desde tales alturas, se siente perturbado, se rinde y llora. Pero pronto se tranquilizó gracias a ese sentimiento inefable de abnegación, que solo considera para su propia felicidad la obra de Dios, depositando con confianza en Él la responsabilidad de sus mandatos.» ([25])

Si los cardenales en la elección de San Pío V dijeron que habían obedecido una inspiración celestial, Dios mismo ratificó esta elección con hechos extraordinarios.

> «La noche anterior a las diligencias realizadas por Borromeo, mientras nadie pensaba en Ghislieri, el cardenal Gonzaga, en agonía, se despertó de su letargo y preguntó: "¿Cuándo me darás el anuncio de la elección del Alesandrino?", y murió con estas palabras en la boca; sus sirvientes las atribuían a una especie de delirio. Y mientras se mencionaba el nombre de Morone en el cónclave, San Felipe Neri, estando rezando, escuchó una voz misteriosa que decía proféticamente: "Fray Michele Alesandrino será elegido Papa.» ([24])

San Carlos Borromeo, sobrino de Pío IV, en un cuadro de Guercino

Los habitantes de Bosco, su ciudad natal en Piamonte, fueron informados de su elección de una manera extraordinaria. El mensajero del embajador francés, enviado a París para anunciar la elección de Ghislieri, fue transportado a la fuerza por su caballo hasta ese pueblo; a los habitantes que le preguntaron adónde iba con tanta prisa, respondió, ignorante del lugar donde se encontraba: "Voy a anunciar al rey de Francia la elección del cardenal Alesandrino"; el mensajero apenas tuvo tiempo de notar la gran alegría que sus palabras provocaron en esos hombres, cuando su caballo reanudó su rumbo hacia el camino real. Cuando un mensajero enviado expresamente por el Papa llegó al pueblo, unos días después, los habitantes respondieron que ya habían sido informados de manera milagrosa. Por tanto, puede decirse que una aurora sobrenatural iluminó el amanecer de su pontificado.

Primeros actos del pontificado de San Pío V

Los primeros actos del recién elegido Papa se referían más bien al gobierno interno de los Estados Pontificios. Pío V ordenó la revisión del juicio de Carafa por rectitud de conciencia, ya que en 1560 había sido miembro del jurado convocado para pronunciar su suerte, y que por el debate tuvo la impresión de que el caso ya estaba resuelto antes incluso de comenzar...

Cuando se convirtió en Papa, quería que juristas eminentes reexaminaran el proceso y le explicaran abiertamente lo que pensaban. Cuando se descubrieron errores judiciales, tras escuchar la opinión de los cardenales, reformó casi todos los puntos de la primera sentencia, rehabilitando la infamia de aquella familia. Quienes habían exagerado fraudulentamente los pecados de los carafa fueron a su vez condenados.

> «Además, dado que los romanos habían despreciado la memoria de Paulo IV por la injusta atribución de los delitos de sus sobrinos, era justo que se rehabilitara su nombre tan difamado. En primer lugar, obligó a los canónigos de San Pedro a colocar en su sacristía el busto de Paulo IV, que habían retirado en atención a Pío IV. (...) Su ataúd fue trasladado desde la cripta de San Pedro hasta la iglesia de Minerva, donde un epitafio en latín aún atestigua la "elocuencia, erudición, sabiduría, singular inocencia y grandeza de alma" del pontífice, y con razón lo proclama "intrépido defensor de la fe católica."» ([26])

Medalla del pontificado de San Pío V

San Pío V mandó expulsar de Roma a las mujeres de malas costumbres, asestando un primer golpe a la corrupción moral; y a quienes intentaron revocar su sentencia, considerándola tomada sin la debida reflexión, respondió:

«Deberían avergonzarse de defender a esta plaga de la sociedad, o si preferís vivir con estas prostitutas, seré yo mismo quien me retiré de Roma y traslade mi sede a otro lugar.»

Otro decreto fue el de la expulsión de los judíos que corrompían a las familias mediante la astrología, y que las arruinaban con la usura.

«El Papa los expulsa de los Estados de la Iglesia, con la excepción de Roma y Ancona, donde aún se consideraban indispensables para mantener el comercio del Levante. Pero, sin embargo, afín a impedir lo más posible sus prácticas criminales, también se les asignó un barrio separado con el mandato de no salir de él sin un sombrero de color naranja que los hiciera reconocibles, y de no entrar en la casa de un cristiano por la noche. ([27])

Inflexible en principio, pero siempre afectuoso con las personas, Pío V, siendo todavía solo cardenal, había instado a muchos celebres judías a abrazar el cristianismo. Un rabino llamado Elías Carcossi, tratando de librase de sus solicitaciones, un día le respondió: "Me haré en cristiano cuando te hagan Papa". Había olvidado esa promesa irónica cuando fue llamado al palacio del Pontífice y amablemente invitado a cumplir su palabra. Elías sin atreverse a negar la verdad, regresó muy triste e indeciso. Durante la noche, el Papa rezó fervientemente a la Santísima Virgen por esta conversión, y al día siguiente Elías y sus tres hijos pidieron la gracia del bautismo. Él mismo se la administró y le impuso a Elías su propio nombre, Miguel. Después de la conversión de este rabino, que gozaba de gran prestigio entre sus hermanos, influyó la de muchos otros, por lo que pronto Pío V fundó una casa para acoger a los catecúmenos y darles una amplia instrucción.» ([28])

El papa Ghislieri también tomó medidas para reprimir el bandolerismo y los asesinatos cometidos en sus estados. Llegó a un acuerdo con el virrey de Nápoles y con la Toscana para que todos los criminales fueran capturados y condenados según las penas previstas, sin importar las diferentes soberanías ni el territorio en el que se encontraban. Es digno de mencionar, ya que una vez más da testimonio de la rectitud de su alma, su actitud hacia un famoso bandido:

«El cabecilla de la banda más terrible, un tal Mariano de Ascoli, había eludido todas las persecuciones de quienes lo perseguían, cuando un hombre del campo pidió hablar con el Papa y le prometió entregar al

capitán fugitivo a cambio de una recompensa. – "¿Y cómo lo harás?" le preguntó el Papa. – "Él suele confiar en mí —respondió el campesino— y yo lo atraeré fácilmente a mi casa". — "Nunca autorizaremos semejante engaño —exclamó Pío V—, Dios nos pondrá alguna ocasión favorable para castigar a este bandido, sin abusar de esta manera de la buena fe y de la amistad." Mariano de Ascoli, al enterarse de la respuesta del Papa, se retiró inmediatamente de sus Estados y nunca volvió a aparecer por allí.» ([28])

S Pío V y sus sobrinos...

«A pesar de su gran actividad, Pío V no pudo soportar solo la carga de una administración tan complicada. Los cardenales le hicieron entender que estaba obligado a asociar a un miembro de su familia en el gobierno, pero le encontraron muy reacio a dar tal paso; pues si la conducta ejemplar de San Carlos Borromeo había creado un precedente favorable, la memoria de los Caraffas seguía siendo demasiado vívida como para no temer que los mismos tristes ejemplos se repitieran.

¡Cuántos otros sobrinos de papas habían disminuido el prestigio de su tío con sus intrigas y desórdenes! (...). Sin embargo, esta costumbre, que durante mucho tiempo produjo males reales, no se había introducido sin buenas razones.» ([29])

Fue la necesidad de tener a alguien que se encargara de los asuntos civiles, de los problemas de la curia, de las intrigas entre los Estados, italianos y extranjeros, lo que llevó a los papas de los siglos XVI y XVII a elegir entre sus familiares un colaborador cercano, en quien poder confiar gracias a ese vínculo de consanguinidad y, por tanto, libre de influencias extranjeras. Era la figura del "sobrino cardenal", ministro de asuntos civiles, una especie de Secretario de Estado actual; esta costumbre estaba muy arraigada y se había convertido en la norma, pues no se trataba de crear el puesto para el hombre, sino de encontrar al hombre adecuado para ese puesto.

«Con estas consideraciones, los amigos de Pío V intentaron persuadirle para que siguiera el ejemplo de sus predecesores. ¡Libre de preocupaciones materiales, qué fácilmente dedicarse a las reformas religiosas tan esperadas y tan urgentes! (...).

[Tras mucha insistencia] Pío V acabó rindiéndose. "Os dejo toda la responsabilidad", dijo a los cardenales, "*vestras oneramus animas*" [

imponemos una carga sobre vuestras almas, o literalmente: cargamos vuestras almas – nota del traductor]. Y dado que San Carlos Borromeo amaba regresar a Milán, para ejercer las funciones sagradas en su diócesis y dedicarse al ministerio pastoral, llamó para sí a un miembro de su familia, Antonio Bonelli, de veinticinco años, un dominico como él.

Antonio era hijo de Gardina, la hermana del Papa. Profesores y superiores, que conocían su gran éxito en el colegio alemán y en la universidad de Perugia, tenían grandes esperanzas en él, aún más porque su juventud austera y piadosa reflejaba muy bien la vida de su tío. Él también fue llamado en religión fray Michele.

Se diría que, al tomar esta decisión, Pío V se complació en sobrevivir en su sobrino; por ello, concediéndole la púrpura escarlata, quiso asignarle el título de Santa María sopra Minerva y llamarle Cardenal Alesandrino (...). El Papa, al otorgar al sobrino un cargo tan importante, lo protegió inmediatamente de cualquier peligro de orgullo. (...) No contento con exhortar al sobrino a no olvidar su vocación religiosa, quiso poner orden en su casa prohibiendo todo lujo. Los ingresos de un priorato de Malta debían ser suficientes para proporcionarle un sustento honesto; tampoco permitió que Bonelli enriqueciera a sus familiares ni aceptara donaciones. El sobrino se sometió a las órdenes de su tío muy de buena gana, porque siendo desinteresado, no le importaban la especulación ni la riqueza.» ([30])

Con motivo de este nombramiento, San Pío V también promulgó una ley que ponía fin al abuso de la enajenación de los bienes de la Santa Sede. Para evitar la enajenación de este patrimonio, destinado a dignatarios eclesiásticos o miembros de la familia del Papa, decretó en 1567, con la bula *Admonet vos,* que solo se entregara en usufructo tal patrimonio. Los cardenales debían jurar respetar esta ley y oponerse a cualquiera que quisiera contravenirla, bajo pena de perjurio e infamia perpetua. El elegido del cónclave debía hacer una promesa por escrito de observar esta constitución el día de la exaltación y coronación.

«Otros habrían visto en la exaltación de su sobrino una oportunidad providencial para devolver a su familia su antigua gloria. Ni siquiera lo soñaba. Los diversos intentos de halagarlo fueron en vano (...). El marqués de Maine se apresuró a poner el señorío de Bosco a disposición del Papa; pero él lo rechazó educadamente. Muchos nobles aspiraban a

pedir la mano de sus sobrinas, pero se sintieron decepcionados porque solo les concedía una dote modesta, queriendo que se conformaran con casarse con jóvenes de su misma condición.

De sus sobrinos, solo uno, Paolo Ghislieri, ocupó un cargo elevado. Tras luchar heroicamente en la batalla de Lepanto, fue nombrado gobernador de Borgo, un dominio situado cerca de Roma. Pero por su malversación, pronto se vio obligado a comparecer ante su tío. En lugar de confesar su propia culpa, intentó disfrazarla groseramente con mentiras, de modo que el papa, muy irritado, lo destituyó de su cargo y con un gesto resuelto, señalando la vela que iluminaba la sala, le ordenó abandonar Roma antes de que se consumiera la cera.

Esta firmeza hacia sus parientes y este desapego suyo, conocido en la ciudad, le valió el respeto y la veneración de los romanos. Además, su gobierno se inspiró en una equidad escrupulosa (...). Su reputación como hombre íntegro era tan conocida que nadie se habría atrevido a esperar de él, no digo una leve infracción de la justicia, sino ni siquiera la más mínima transacción con la ley.» ([30])

Apéndice: El Concilio de Trento

San Pío V tuvo como "motivo de mayor gloria la aplicación de la reforma promovida por el Concilio de Trento". No será inútil recordar brevemente la historia de este Concilio.

El Concilio de Trento convocado por Paulo III ya en 1536, solo podía celebrarse el tercer domingo de Adviento (13 de diciembre) de 1545. La ciudad de Trento había sido elegida porque tenía población italiana y, por tanto, estaba cerca del Papa, pero era la sede de un principado-obispado perteneciente al Imperio Alemán. Este Concilio debía pronunciarse en relación con las doctrinas funestas de los innovadores y "reformadores" como Lutero y Calvino, confirmando la fe católica y promoviendo una reforma sana y verdadera de la Iglesia católica que surgiera desde arriba (desde el Papado) y no desde abajo.

Primer periodo del Concilio de Trento (sesiones I a IX, diciembre de 1545 - 2 de junio de 1547).

«La presidencia de la asamblea fue ejercida con habilidad y destreza por los legados nombrados por el Papa, los tres cardenales Giovanni

Maria del Monte (más tarde Papa Julio III), Marcelo Cervini (Papa Marcelo II) y Fingiese Regio Pole. (...) Se decidió tratar los asuntos dogmáticos y disciplinarios simultáneamente y en paralelo, aunque el emperador, por su parte, deseaba, **con respecto a los protestantes,** que diese la preferencia a la reforma y al Papa sobre las cuestiones relacionadas con la fe. Así, las decisiones del concilio, que habían sido preparadas y discutidas en las diversas comisiones y congregaciones de los padres del concilio, fueron finalmente aprobadas y proclamadas en las sesiones solemnes, y se articularon formalmente en dos categorías de *Decretos de fe y Decretos de reforma* (...).

La tarea dogmática del Concilio consistía en la exposición y clarificación del dogma católico, frente a la negación de verdades fundamentales por parte de los protestantes, frente a sus nuevos principios materiales y formales del cristianismo, su concepto espiritualista de la Iglesia y la negación de casi todos los sacramentos.» ([31])

En las diversas sesiones del Concilio (en total fueron veinticinco) se trataron muchos temas de la fe católica, como el valor de la tradición y las Sagradas Escrituras (en contra de los protestantes). Muy importante fue el decreto sobre la justificación y el pecado original, que se oponía a la doctrina de Lutero. También se definía la doctrina de los siete sacramentos, la Santa Misa, las indulgencias, el purgatorio, el culto a los santos y las reliquias.

«... En febrero de 1547 estalló en Trento una alarmante epidemia (tifus) que puso a los legados papales en una situación grave, debido a la marcha de muchos prelados italianos, los principales partidarios de la Santa Sede. Antes de que el problema fuera irreparable, los legados decidieron, por mayoría de dos tercios del concilio, trasladar la asamblea a Bolonia **(Sesión VIII,** 11 de marzo de 1547). El Papa confirmó el traslado apresurado. Pero catorce prelados de tendencia imperial se detuvieron en Trento y el propio Carlos se indignó enormemente por el traslado, porque no era en absoluto posible la aparición de los protestantes alemanes, a quienes acababa de someter a la fuerza (Guerra de Esmalcalda, batalla de Mühlberg, 24 de abril de 1547) en una ciudad de los Estados Pontificios. Por ello, insistió con toda su energía en que el concilio fuera traído de vuelta a Trento y al menos logró que se evitara

la publicación de los decretos en la novena y décima sesiones celebradas en Bolonia, donde mientras tanto las comisiones de estudio habían retomado su trabajo con entusiasmo. La situación se agravó aún más por una protesta muy violenta del emperador (enero de 1548) y por su acción arbitraria en el Interim de Augsburgo (junio de 1548), el 13 de septiembre de 1549, dos meses antes de su muerte (10 de noviembre de 1549), y Paulo III suspendió el Concilio.

(...) El 14 de noviembre de 1550 se emitió la nueva bula de convocatoria [promulgada por Julio III].

Segundo periodo del Concilio de Trento (sesiones XI-XVI, 1 de mayo de 1551 - 28 de abril de 1552). Los prelados franceses no intervinieron en esta parte del concilio, debido a una guerra contra Francia en la que Julio III se vio involucrado, junto al emperador, contra el nuevo duque de Parma (Ottavio Farnese), una guerra que tomó un rumbo desafortunado para el propio Papa (1551-1552). Durante un tiempo incluso existió la amenaza de un cisma en la Iglesia francesa. En cambio, desde Alemania, los arzobispos-electores de Maguncia, Tréveris y Colonia se reunieron en Trento. En general, el número de participantes aumentó ligeramente respecto al primer periodo.

(...) Como resultado de la incansable acción del emperador, desde octubre de 1551 hasta marzo de 1552, también estuvieron presentes enviados de los protestantes alemanes, el elector Joaquín II de Brandeburgo, el duque Cristóbal de Württemberg, seis ciudades imperiales de la Alta Alemania y el elector Mauricio de Sajonia, que habían recibido salvoconducto del concilio. A pesar de todas las concesiones, las negociaciones con ellos no llegaron a nada, porque impusieron condiciones en parte inaceptables, como la suspensión y la revisión de todos los decretos ya emitidos, la renovación de los decretos de Constanza y Basilea sobre la superioridad del concilio sobre el papa, y la anulación del juramento de obediencia al papa de los miembros del concilio. La traición del príncipe elector Mauricio contra el emperador y la campaña de los aliados anti-Habsburgo en el sur de Alemania obligaron a suspender el concilio por dos años, que fue decretada en la **decimosexta sesión** (28 de abril de 1552). De hecho, sin embargo, pasó casi una década entera antes de que se reanudara el concilio.

Tercer y último periodo (sesiones XVII-XXV, 18 de enero de 1562 - 4 de diciembre de 1563). Aún quedaban serias dificultades que superar en su apertura, ya que el emperador y Francia deseaban una convocatoria completamente nueva del concilio, que ignorara los decretos emitidos en los dos primeros periodos y se reuniera en una ciudad distinta de Trento.

(...) En el Concilio surgieron largas y tormentosas discusiones desde abril de 1562, cuando comenzaron a tratarse la *obligación de residencia* y el *poder de gobierno* de los obispos. (...) Los prelados españoles y franceses, junto con algunos italianos reformistas, querían que el Concilio declarara que la obligación de residencia es de derecho divino y, en relación con esto, favorecían la tesis según la cual la jurisdicción del obispo no provenía del Papa, sino directamente de Dios (...). Fue el nuevo primer presidente, cardenal Giovanni Morone (...) el que logró desbloquear al concilio y llevarlo a buen término. En una serie de contactos personales con el emperador en Innsbruck (abril-mayo de 1563) logró recuperar su confianza. Luego, en el propio Concilio, logró obtener el consenso de las distintas corrientes (en particular del influyente cardenal Guisa, jefe del grupo francés) a un programa de reformas que tuviera suficientemente en cuenta los postulados del Emperador y de las distintas naciones. Así que la cuestión del derecho divino del episcopado también podía dejarse de lado, limitando las definiciones dogmáticas al poder de la orden, sin pronunciarse sobre la estructura del poder de jurisdicción.

(...) Varias reformas aún no elaboradas, como la publicación de un nuevo Índice de libros prohibidos (...), un catecismo general, un breviario y un misal revisados, fueron entregadas al Papa [más tarde fue San Pío V quien las completó - nde]. Los decretos conciliares fueron firmados por los 225 participantes, incluidos 6 cardenales, 3 patriarcas, 193 arzobispos y obispos, 7 abades y 7 generales de órdenes y 39 representantes de personas ausentes.

En la bula *Benedictus Deus* del 26 de enero de 1564, Pío IV concedió la ratificación de los decretos requerida por el Concilio, y también instituyó (30 de diciembre de 1563) una *Congregatio S. Concilii*, compuesta por ocho cardenales, con la tarea de interpretar auténticamente los decretos y supervisar su ejecución. Todavía en 1564, de acuerdo con

la tarea que le fue encomendada, publicó un "*Index librorum prohibitorum*" y una "*Professio fídei tridentina*" que contenían una profesión de fe y una promesa de obediencia a la Santa Sede. El resto del programa se reservaba para sus sucesores.

Los decretos tridentinos fueron aceptados sin reservas por la mayoría de los soberanos y Estados, como el emperador Fernando, Polonia, Portugal, Saboya y los estados italianos, pero por Felipe II de España solo fueron aceptados con la cláusula "sin perjuicio de los derechos reales". Francia aceptó los decretos dogmáticos, pero se negó a reconocer los decretos de reforma; sin embargo, estos fueron promulgados gradualmente por los obispos en los sínodos provinciales. En Alemania, los estados católicos, con el emperador Maximiliano a la cabeza, se sometieron a los decretos tridentinos sobre dogma y culto en la Dieta de Augsburgo en 1566.

El Concilio de Trento duró más tiempo y tuvo que superar mayores dificultades externas e internas que cualquier concilio anterior. Sin embargo, también es cierto que ningún otro concilio ha ejercido una acción tan vasta, profunda y duradera para la fe católica y la disciplina eclesiástica; esta acción sigue viva en nuestros días. Por supuesto, no logró restaurar la unidad religiosa; llegó justo a tiempo para salvar a la Iglesia en los países latinos; en los nórdicos ya era demasiado tarde. (...) Pero la doctrina católica fue aclarada y nuevamente precisada en sus puntos decisivos y más gravemente amenazados por los ataques de los innovadores, al mismo tiempo que los decretos disciplinarios trazaban un programa de reforma que constituyó una base sólida para la regeneración religiosa y moral del clero y del pueblo. A pesar de todos los ataques, la Iglesia afirmó su unidad jerárquica, y el subjetivismo religioso de los pseudorreformadores fue repelido con éxito. No hubo que lamentar tampoco el temido debilitamiento de la posición de primacía del papado en la Iglesia, causado por obra de las ideas conciliaristas y galicanas.

De este modo, la Reforma protestante, que había amenazado con destruir la Iglesia católica, dio un impulso muy fuerte a su renacimiento y renovación. Aunque la implementación de los decretos fue solo gradual y de alcance variable en cada país, las consecuencias beneficiosas del Concilio se manifestaron de inmediato en una mayor unidad y una mayor confianza de los católicos, en comparación con el

frecuente desánimo e incertidumbres de las últimas décadas. Del Concilio también surge una fuerza regeneradora y creativa en el campo de las ciencias sagradas y la devoción.» ([31]).

A quienes se preguntan por qué el Concilio ha "dogmatizado" tanto, yo respondería que si el Concilio definió algunas doctrinas y condenó otras, lo hizo porque el poder de enseñar es uno de los deberes principales de la Iglesia, de los que no puede rehusar, y las dificultades de los tiempos exigían que así se hiciera. Las nuevas herejías que surgen a lo largo de los siglos deben ser juzgadas por la Iglesia, y esto por el bien de las almas, ya que la Iglesia no puede limitarse a las enseñanzas de los concilios de los primeros siglos para hacer frente a los errores antiguos y nuevos. El dogma, de hecho, también puede progresar, de manera homogénea y ortodoxa, con nuevas definiciones y aclaraciones nacidas de la confrontación con las nuevas herejías.

Notas

1) Cf. *San Pío V,* "*II Papa della S. Messa*", en "*Sodalitium*" nº 35, pág. 18.

2) Sac. FEDERICO BALSIMELLI, *Compendio di storia della Chiesa*, Sociedad S. Giovanni Desclée, Lefebvre Roma 1899, vol. II págs. 74-75.

3) Los siguientes son de esta opinión: HUBERT JEDIN, *Storia della Chiesa*, vol. V/2 entre la Edad Media y el Renacimiento, Jaca Book, pág. 330 y siguientes: y BIHLMEYER-TUECHLE, *"Storia della Chiesa*" vol. III la época de la reforma, Morcelliana Brescia 1983, pág. 186.

4) Julio II quería con razón una Italia libre y, sobre todo, un Estado Pontificio, independiente de cualquier dominación extranjera o externa al Papado, precisamente para permitir a este último el libre ejercicio de su suprema autoridad espiritual.

5) H. JEDIN, *op. cit*., pág. 335. Su elección no fue sospechosa de simonía, pero quizás fue debido al poder de su familia.

6) Este concordato "contenía la supresión de la Sanción Pragmática de Burges de 1438 [que fue una asamblea del clero francés convocada por el rey Carlos VII, quien promulgó como leyes estatales algunas teorías conciliaristas y de limitación de los poderes papales, propias del último periodo

del Concilio de Basilea]. La Sanción Pragmática constituye la base del galicanismo, es decir, de ese sistema de iglesia nacional e iglesia estatal que se estableció en Francia desde entonces, pero a cambio de esta concesión la Santa Sede tuvo que hacer grandes sacrificios. (...) Este arreglo tuvo el **buen efecto de aplastar las tendencias cismáticas de la frágil nación y de reunir el país más estrechamente con la Santa Sede**; por otro lado, sin embargo, el dominio de la corona sobre la Iglesia francesa adquirió precisamente con este tratado el valor de un sistema inmutable, legalmente sancionado y definido". (BIHLMEYER-TUECHLE, *op. cit*., pág. 189).

7) BIHLMEYER-TUECHLE, *op. cit*., pág. 309.

8) BIHLMEYER-TUECHLE, *op. cit*., pág. 310.

9) En los libros que he consultado, el nombre de este cardenal, y más tarde del Papa Paulo IV, está escrito de forma indistinta según la redacción: Caraffa (que preferiblemente seguí en la primera parte de este artículo), o Carafa. En cualquier caso, las dos versiones del nombre designan a la misma persona (y familia) y creo que una puede seguir ahora a la otra, según los autores citados.

10) Cf. primera parte de este artículo en "*Sodalitium*" nº 35, pág. 22 y siguientes.

11) El famoso músico Pierluigi da Palestrina compuso la famosa "*Misa del Papa Marcelo*" con motivo de su muerte. El propio Marcelo II era un músico talentoso.

12) Ya se ha mencionado Paulo IV en la primera parte de este artículo en "*Sodalitium*" nº 35, pág. 25 y siguientes.

13) Esta bula de Paulo IV ha sido publicada, con una breve introducción, en "*Sodalitium*" nº 14, págs. 9-13.

14) BIHLMEYER-TUECHLE, *op. cit*., pág. 319.

15) Esto es lo que dice monseñor Benigni sobre la obra de Carlos V:

«El poder civil generalmente no apoyaba la causa de la Iglesia. (...) En aquella época, Carlos V estaba a la cabeza del imperio, dotado de una astuta ambigüedad de mente, que había heredado de los emperadores y de sus predecesores, con la que la raza leonina de los Césares estaba enferma.

A él le correspondía la tarea de reprimir a los herejes, tanto como emperador romano como porque era rey de los germanos. En realidad, con astucia maquiavélica, se sentaba como si estuviera en dos sillas, reprimiendo el luteranismo en la medida en que no perturbara sus asuntos, ni causara temor al Papa, por haberlo favorecido su consejo, en los asuntos públicos. De ahí se origina el *Interim,* y de ahí el saqueo de los Urbe" (U. BENIGNI, *Historiae ecclesiasticae propaudeutica,* Pustet Roma 1905, pág. 117, nuestra traducción del latín).

16) BIHLMEYER-TUECHLE, *op. cit*., pág. 321.

17) U. BENIGNI, *op. cit*., págs. 120-121, nuestra traducción del latín.

18) INNOCENZO GIUSEPPE VENCHI O.P., *San Pio V fede e coraggio,* Edizioni San Sisto vecchio, Roma 1972, pág. 69.

19) G. Venchi o.p, *op. cit*., pág. 70.

20) CARD. GIORGIO GRENTE, *Il Pontefice delle grandi battaglie, San Pio V,* ed. Paoline Roma 1957, págs. 32-33.

21) La candidatura de Morone no debería sorprender, ya que Pío IV lo había rehabilitado y enviado como legado papal al Concilio de Trento, que Morone logró cerrar brillantemente al ganar bastante fama. En este sentido, véase el artículo del P. Ricossa: "*L'eresia ai vertici della Chiesa*" *(M. Firpo)... nel XVI secolo: l'incredibile storia del cardinal Morone*", en este mismo número de "*Sodalitium*" más abajo.

22) CONDE DE FALLOUX, *Storia di S. Pio V Papa dell'ordine dei predicatori,* Tip. Arcivescovile Pogliani, Milán 1873, pág. 56 y siguientes.

23) CARD. GIORGIO GRENTE, *op. cit*., pág. 34.

24) CARD. GIORGIO GRENTE, *op. cit*., págs. 35-36.

25) CONDE DE FALLOUX, *op. cit*., pág. 61.

26) CARD. GIORGIO GRENTE, *op. cit*., pág. 43.

27) En cuanto a la legitimidad de estas medidas restrictivas contra los judíos, véase el artículo del padre Nitoglia, *II problenia ebraico,* en "*Sodalitium*" nº 26, pág. 22, y en particular págs. 34-36.

28) CONDE DE FALLOUX, *op. cit*., págs. 73-75.

29) CARD. GIORGIO GRENTE, *op. tit*., págs. 38-40.

30) CARD. GIORGIO GRENTE, *op. cit.*, págs. 41-42.

31) BIHLMEYER-TUECHLE, *op. cit.*, págs. 314-325.